

BIBLIOGRAFIA

F. IGNACIO OMAECHEVERRIA, O.F.M. *Heraldos del Gran Rey en California. Fr. Pablo Jose de Mugartegui en su marco social y misionero.* Desclée de Brouwer. Bilbao, 1959.

Pocos libros acreditan con más méritos que éste su inclusión en las páginas bibliográficas del BOLETIN DE LOS AMIGOS DEL PAIS. El insigne marquinés, Fray Pablo José de Mugartegui, compañero de Fray Junípero Serra en sus andanzas por la costa de California arriba, comprometido en la empresa de bautizarla toda entera, más que ninguna otra tierra del mundo, en impresionante letanía, con nombres del santoral cristiano, era amigo del País él mismo, o muy cerca le andaba. Porque en efecto, Mugartegui, el gran misionero era hermano de don Pedro Valentín de Mugartegui, el prócer marquinés, íntimo amigo del Conde de Peñaflores y personaje que tanto tiene que ver con los viejos papeles de los Amigos. Como que el P. Omaecheverría toma pie de esta fraterna vinculación para un capítulo, en donde del brazo de don Julio de Urquijo, se explaya en precisiones contundentes, cuya repetición nunca está de más.

Pero la obra del P. Omaecheverría, sobre todo, es un regalo para personas atraídas por la geografía, particularmente por la geografía americana. La epopeya de los misioneros franciscanos en California es de ayer, como quien dice, y si hasta ahora sólo el más representativo de esos misioneros, el mallorquín Fray Junípero Serra, alcanzara el honor de alzar su heroica figura en el Capitolio de Washington, existe una multitud de frailes, vascos muchos de ellos, hombres de excepcional categoría humana, misioneros de Cristo antes que todo, pero también científicos, organizadores, etnólogos, lingüistas, y asimismo valientes denunciadores de abusos de gobernantes, que dejaron huella imborrable hasta más arriba del paralelo 60, en las frigidísimas costas de Alaska, contactando casi con los navíos moscovitas de la **Compañía Imperial Ruso-Americana de Pielés.**

La ficha del misionero Mugartegui, el compañero fiel de Fray Junípero, hombre realista lo mismo que éste, cabe, al estilo de su tiempo, en muy poco espacio: "31 años, buen cuerpo, cara larga, picado de viruela, pelo castaño". De la misma manera cabría añadir una infinidad de coadyutores heroicos de la empresa de civilizar las tierras californianas, desde el vitoriano Fray Fermín de Lasuén hasta los fieles indios de acompañamiento y los soldados del Virreinato de la Nueva España, incluidas las mujeres de ellos, que tampoco resultaban menos eficaces en la empresa cristianizadora.

Un libro rico en sugerencias. El esfuerzo del P. Omaecheverría abre, además, horizontes anchísimos para futuros investigadores. El libro termina con estas palabras: "Lo que los **Amigos del País** hacían en España, los misioneros lo hicieron mejor aún entre los indios de California".

J. A.

FILEMON ARRIBAS ARRANZ. Estudios sobre Diplomática castellana de los siglos XV y XVI. Valladolid, 1959.

Don Filemón Arribas Arranz, catedrático de Paleografía y Diplomática de la Universidad de Valladolid, recoge en este volumen algunas de sus investigaciones sobre diversos problemas que plantea, desde un punto de vista técnico, la documentación emanada de la Cancillería Real. Data de antiguo su preocupación enfocada no sobre lo explorado definitivamente, sino sobre lo que en realidad constituye lo que se llama un problema.

Problema es y no pequeño discriminar lo que ha de llamarse carta o provisión, es decir, lo que ha de clasificarse dentro de alguna de esas denominaciones con exclusión de la otra. La verdad es que no hay más remedio que reconocer una cierta sinonimia entre esas dos denominaciones y así lo reconoce el señor Arribas Arranz, aunque para su uso, que esperamos sea generalizado, ha llegado a una discriminación apoyada en buena lógica. Según eso, atendiendo al sistema de procedencias, se reservaría el título de carta a la firmada por el rey o por virreyes y gobernadores, mientras que se aplicaría el de provisión a las demás libradas por organismos de gobierno.

Las intituciones y fórmulas de ese género de documentos son objeto de un estudio analítico muy depurado, presentándose una que pudiéramos llamar antología de textos en los que esas fórmulas tienen una directa aplicación, textos estos que unas veces tuvieron vida real y operante y que otras veces no pasaron de ser minutas de formularios, como los registrados por Idoate en su Formulario de la Cancillería de Navarra que se comentó también aquí.

Los asuntos guipuzcoanos no le han sido ajenos al docto catedrático de Valladolid quien por medio de lecciones y conferencias ha ilustrado nuestra historia y quien en este mismo libro de ahora ha registrado el otorgamiento del dictado de rey de Guipúzcoa que quisieron ostentar algunos monarcas de Castilla.

F. A.

CARLOS GONZALEZ ECHEGARAY. Colección de documentos inéditos de la Guerra de la Independencia existentes en el Archivo de la Excm. Diputación de Vizcaya. Bilbao, 1959.

La Diputación de Vizcaya se ha hecho presente en el Congreso de la Independencia y su época, mediante la presentación de este volumen, acreditativo ciertamente del buen saber hacer de la corporación patrocinadora.

Ha sido dirigido por don Carlos González Echegaray que ha asumido con garbo la difícil sucesión de don Darío de Areitio y que en la preparación de esta colección presagia lo mucho que de él puede esperar

la historia de Vizcaya. A su lado ha trabajado un buen equipo de operarios, constituido por los señores Rodríguez Herrero, Martín Revuelta, Lafarga Lozano y Echevarría San Martín.

Gracias a las escrupulosas transcripciones que han realizado, venimos a conocimiento de impresionantes episodios de la acción de los guerrilleros vizcaínos en aquella dura contienda.

La parte gráfica del libro, con reproducciones en negro y en color, honra a los establecimientos tipográficos que han intervenido en la edición.

F. A.

SOTA BASURTO, ALEJANDRO DE LA. Cuando Guiard llamaba fiera, a Lagartijo. Editorial Vasca, S. A. Bilbao, 1959.

Cuando las poblaciones se hacen grandes y se transforman fundamentalmente, como le ha sucedido a Bilbao, en los últimos cincuenta años, el evocar su pasado, oculto por la obra nueva y las nuevas gentes, es un verdadero regalo del espíritu. Después de todo, la población anterior era tan distinta de la transformada, en sus costumbres desaparecidas, en los hombres de su tiempo, muertos, y en los rincones inmutables, que quedan de ella, y que apenas se ven, que parece otra diferente, más bien, un grabado antiguo, con todos sus encantos. Pero los grabados antiguos, como las poblaciones viejas, hay que saber mirarlos, para verlos bien. Es preciso tener una vista aguda y penetrante y, una sensibilidad a flor, pero sin melodía llorona de organillo. Es decir, que hay que enfrentarse a ellos con amor y humor, matizados, uno y otro, en su justa medida.

Alejandro de la Sota, que es un humorista sentimental, como un inglés de Picadilly, con bombín y paraguas de seda enguantado, reúne excelentes condiciones para hacer estas evocaciones entrañables, con todas las reglas del arte. Y las hace. Su último libro, "Cuando Guiard llamaba fiera, a Lagartijo", es una deliciosa evocación del Bilbao de los primeros años de siglo, y que son los de su niñez, que viene a abundar en aquel otro, encantador también, "Divagaciones de un bilbaíno" que publicó en su juventud.

M. C.-G.

PEREZ DE GUZMAN Y SAN JUAN, LUIS, MARQUES DE LEDE. Interior del Templo Basílica de Nuestra Señora de Begoña, en el siglo XVI. Bilbao, 1958.

En una bellísima edición numerada, de bibliófilo, el Marqués de Ledesma nos ofrece el regalo de un hallazgo, hecho por él, en el Convento de las Descalzas Reales de Madrid, del mayor interés para la historia del templo de la Virgen de Begoña, en Bilbao. Es un óleo de buenas dimensiones, 2,50 ms. por 2, que representa el interior de la basílica vizcaína, con sus tres naves y el Retablo mayor, al fondo, presidido por la Santísima Patrona del Señorío, dibujado y pintado con paciente minuciosidad, en todos sus detalles. En primer término, y dentro del templo, claro está, un largo cortejo procesional, de religiosos, acólitos y seglares, trabajado con la misma escrupulosidad. Por la cartola del lienzo se ve que

la escena representa la procesión conmemorativa de un milagro atribuido a la Santísima Patrona, en 14 de agosto de 1588. Cree el autor, y sin duda está en lo cierto, que el lienzo es contemporáneo al suceso. Y aquí está precisamente su gran interés, aparte del valor pictórico, muy estimable por cierto, pues nos da un documento gráfico del interior del templo, a fines del siglo XVI. No es que haya que aceptarlo como si fuera un documento fotográfico, pues los pintores se han permitido en esto grandes licencias, tanto más que el artista, que Lede apunta ser Mendieta, y es muy fácil que esté en lo cierto, no pretendió sin duda, hacer un "retrato" de la iglesia en sí, sino recoger el acto procesional conmemorativo del milagro. Pero de cualquier modo y mientras no haya otros testimonios mejor documentados, forzoso es tenerlo en cuenta para pensar en cómo podía ser el interior de la Basílica de Begoña. El hallazgo es, pues, importantísimo y la presentación que hace de él el Marqués de Lede, magnífica, tanto por las ilustraciones que enriquecen la edición, como por el buen gusto tipográfico de la misma y el buen juicio y clara exposición con que Lede nos presenta su descubrimiento. Un acierto.

M. C.-G.

SOTA BASURTO, ALEJANDRO DE LA. Bilbao y los encantos del circo. Editorial Vasca. Bilbao.

Doy por reproducido cuanto he dicho acerca de la capacidad de evocación de Alejandro de la Sota, en otra nota precedente, al glosar su librito "Cuando Guiard llamaba fiero, a Lagartijo". Pero tengo que añadir que, en este libro, "Bilbao y los encantos del circo", muestra además su autor otra faceta muy singular y es su extraordinaria erudición circense. No es la suya una erudición al uso, ya se comprende, pues entonces no tendría interés mayor. Hay muchos eruditos en el mundo, sobre no importa qué. La suya es una erudición especial, de "flemático", en la pista: un artista que sale a la alfombra, como si le hubieran empujado tras de la cortina, que mira indiferente a un lado y otro, como si las luces cegadoras de los focos, el "chin-chin" de la música y la curiosidad del público no tuvieran que ver con él. El está en otra pista en la pista de las nubes y las estrellas. Pero de pronto, como quien no hace nada, realiza un ejercicio muy difícil, y luego otro y otro, cada vez más difíciles. "Más difícil aún", como decía Ramper. Pues bien, Alejandro de la Sota, magnífico "flemático" de circo, como quien no hace nada, indiferente a cuanto le rodea, se va sacando de la manga o del fondo de su sombrero bombín, de inglés de Picadilly — de inglés bilbaíno, por supuesto, de inglés de los "escritorios" de fin y comienzo de siglos—, una ristra interminable de anécdotas. Anécdotas justas, precisas. Anécdotas entrañables, llenas de ternura. Anécdotas de Bilbao, de París, de Londres. Todo un anecdotario de los circos de su niñez y su juventud, saipicado de notas bilbaínas, "sietecalleras", que recuerda, aun jugando violines distintos, a don José de Orueta, en sus deliciosas "Memorias". Y, de pronto, se retira por el foro, no porque se le haya agotado el repertorio, que acaso es inagotable, sino porque fiel a su papel de "flemático", tiene que hacerlo así, indiferentemente.

M. C.-G.

ANTONIO UBIETO ARTETA. *Crónica de los Estados Peninsulares (Texto del siglo XIV). Estudio preliminar, edición e índices.* Granada, 1955.

Nos hallamos ante una edición crítica, elaborada con el rigor exigido para ese género de ediciones, en las que se manejan copias diversas y no dependientes entre sí para obtener de ese modo un arquetipo.

En este caso el encargo se ha confiado a uno de nuestros mejores medievalistas, y el resultado ha tenido que ser notoriamente bueno. La reconstitución del texto, su estudio y sus índices son impecables y nos conducen a una obra histórica perfectamente fijada.

Nos interesa recoger aquí sobre todo que, como dice bien el autor, en el texto de esta crónica "se nos presenta la distinción más antigua entre una palabra de procedencia latina y otra de tipo vasco", lo cual no quiere decir, claro está, que deba ser aceptado que Ariesta sea voz romance y no vasca, problema en el que no entramos ni el fijador del texto ni este comentador.

También hemos de agradecer al señor Ubieta que nos haya fijado una referencia coetánea de la batalla de Beotibar que viene a reforzar la tesis de los mantenedores de la importancia de ese hecho.

F. A.

LUIS REY ALTUNA. *La inmortalidad del alma a la luz de los filósofos.* Editorial Gredos. Madrid.

Luis Rey Altuna, vitoriano, doctor en Filosofía y Letras y catedrático de esta asignatura en el Instituto de Pamplona, dedica un grueso y apretado estudio al problema de la muerte en función de la inmortalidad anímica. Un libro destinado a ocupar un puesto de honor en los plúteos de las bibliotecas, sobre todo particulares: una sinfonía de la inmortalidad que convidará frecuentemente sus páginas densas y consoladoras a los solitarios ansiosos de quietud espiritual, a las personas en quienes la edad vivida supera con creces a la edad numerada.

Un libro como el que acaba de publicar Luis Rey Altuna no se escribe en unos meses, ni en un año ni dos. Un libro cuya concepción supone una fabulosa lectura previa y miles de fichas antecedentes. Una honda meditación filosófica escrita con noble estilo y cuyo propósito entraña un deseo de confortamiento intelectual. Rey Altuna invoca con frecuencia a Agustín, hombre entero y verdadero, que no vivió sino para infundir esperanza en medio de un mundo crujiente muy parecido al nuestro.

Porque en realidad, todas las cuestiones que en el mundo actual se debaten no son más que aspectos del gran problema que el filósofo de Vitoria aborda; porque la cuestión del hombre y su destino está subyacente en todos los problemas políticos, económicos, culturales y sociales que hoy se están debatiendo. La única cuestión que en el fondo cuenta es el hombre y su destino. El gran tema, el único tema de veras vital. Es aquel grito angustioso de nuestro Unamuno: "Ese pensamiento de que me tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latido mismo de mi conciencia". Y aquello otro tan desgarrador que luego sigue: "Quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo..."

El filósofo alavés camina en todo momento por las más altas cimas del pensamiento filosófico; casi siempre el cielo de las cumbres a donde sin cesar asciende, está sereno y claro, pero suele ocurrir frecuentemente que las nubes se condensan a semejantes alturas, y entonces Rey Al-tuna, con la seguridad que da la costumbre de aquellas elevadas rocas, conduce al lector con ágil y seguro paso a sitios donde la nube se rompe y por fin se divisa un horizonte de referencia.

El escritor está, además, sorprendentemente al día en esta obra que se ciñe al tema hasta en el título, sin evadirse siquiera en ese momento de rotular un libro, un momento tan propicio a la evasión, a la salida por la tangente. Tan sólo en la última línea, en la frase final, nos sugiere que su libro podría haberse también titulado: "Sinfonía de la inmortalidad".

J. A.